

II

Con esa intuición de la mujer, y sobre todo si es celosa, que sabe unir y concatenar los sucesos más insignificantes formando con ellos haces de pruebas que no podría deshacer ni el abogado más sutil, Cristina puso de acuerdo los pasos de su marido y sacó lo que significaban las expediciones á México, las frecuentes disputas, el constante ir y venir y hasta el significado de los papeles en cifra que Brambila había traído hurtados de la capital. Con aquella cadena de probanzas fué á dar la queja á aquel de quien ella se figuraba que el traidor dependía más directamente, es á saber, á Guillermo Prieto.

El poeta, que no era del todo ajeno á las debilidades conyugales, trató de quitarle á Cristina aquellas malas ideas de la cabeza, pero como ella se manifestara cada vez más sostenida y más en sus trece, el Administrador se resolvió á poner tierra de por medio entre los antes felices y ahora divorciados amantes.

— Nada de separaciones ni de embelecós; eso se queda para gentes que no están casadas en haz y paz de la santa iglesia católica y ante el santísimo registro civil, dijo haciendo creer que ignoraba la verdad. ¿No se quieren ya? Pues arreglen sus cosas de un modo debido, que mil maneras hay de ello; usted se va á casa, al lado de mi

María, que creo no dejará dudas al amigo Brambila como excelente cuidadora, pues sus celos, que Dios bien sabe cuán infundados son, resultarán un poderosísimo aguijón para que ella vigile mis pasos con más habilidad y perseverancia que hasta ahora lo ha hecho; en cuanto al marido, hay que mandarle á echar otra paseadita, pues el Gobierno necesita de sus servicios en Chihuahua, y allá irá, salvo que la señora doña Cristina tenga algo que oponer á esa determinación.

— Bien, siguió el gran Guillermo, bien, puesto que todo está arreglado y que no hay pero que oponer, el señor don Pepe saldrá mañana para la ciudad de Chihuahua, que nos interesa tener de nuestro lado; aunque á buena parte van á dar los traidores, pues en Chihuahua hay gentes de oro, incapaces de contaminarse con una porquería. Estos pliegos los lleva usted á Luis Terrazas, que es un jefe de verdadero mérito. No sé qué envidiosos truchimanes trataron de presentarle á Juárez como enemigo de la República y de su persona. Pero el hombre tiene ya bien probada su adhesión á los buenos principios y no ha de ser á él á quien ocurran los enemigos del país en sus vanas diligencias.

Emprendió Pepe la vuelta de Paso del Norte con menores lentitudes, aunque no con menores fatigas que el resto de los expedicionarios, y al llegar á Chihuahua se encontró triste á la gente con motivo de la entrada de los

franceses. Al día siguiente, luego que hubo descansado un poco, fué á ver á don Luis Terrazas, que estaba en lugar seguro y lejos de las miradas de Brincourt, que por entonces cortaba el bacalao en el remoto Estado fronterizo.



DON LUIS TERRAZAS

Era Terrazas joven hasta de cuarenta años, blanco de rostro, de amplia y serena frente y mirada de hombre determinado y seguro de cuanto piensa y ejecuta; llevaba toda la barba y su apostura denunciaba al luchador con los elementos, con la naturaleza, con los hombres, con las pasiones propias y con los apetitos ajenos, á los cuales había

sabido vencer con rara perseverancia, con perseverancia de lapidario que se empeña en tallar un pedrusco informe ó un diamante de claras aguas, pero siempre en transformar algo, porque su temperamento era lucha, lo mismo armada que silenciosa y de astucia.

Terrazas leyó detenidamente la carta que llevaba Brambila, y luego que hubo conocido lo que le decía el

buen Guillermo, exclamó entre dientes y como comentando para sí:

— A mí no me agradan tapujos ni tonterías; no entiendo una palabra de las cosas que me dice este buen señor; sé sólo que Juárez es el jefe que la nación se ha dado por su voluntad, y que mientras no se dé otro, yo sacrificaré la vida por él...

— Está bien, dijo el que había recibido el mensaje, está bien, amigo, yo le daré mi respuesta y cuente con que se le quitarán las ganas á su jefe de andar proponiendo cosillas que él sabe no he de aceptar; espérese usted aquí, que tiempo hay para ello, pues estamos nada menos que á quince de Septiembre, y vale la pena de que usted goce de las fiestas que sin duda harán los franceses.

— Gracias, señor, respondió listo Brambila, no tengo pensado meterme en nada de lo que los franceses organicen, y, Dios mediante, tan pronto como reciba la respuesta, que indudablemente ha de darme usted á la mayor brevedad, regresaré al Paso para seguir desempeñando el empleo que me tiene confiado el Gobierno...

— Quédese, le dijo don Luis, que cuenta le tiene: los muchachos de aquí, por supuesto los de vergüenza, los decentes, los que no se han ido á ofrecer á las respetables órdenes de Brincourt, tienen organizada una fiestecita patriótica para el día diez y seis y vale la pena de que usted la vea. ¿Qué dice?

— Que vengo sujeto á las órdenes de usted y que haré lo que usted me ordene ó me aconseje.

Luego que llegó el día de la patria, que siempre había sido en Chihuahua origen de inmensos regocijos, la sociedad de la población permaneció segregada de todo lo que los franceses pensaron llevar á cabo para darse á sí mismos la idea de que iban á celebrar la fecha famosa. Ese día Brincourt, acompañado de don Tomás Zuloaga, que por cierto era en otros tiempos uno de los más decididos partidarios de la República, de don José Cordero, del español Leguinazábal, de Irigoyen y de tres ó cuatro infelices que no habían sido aceptados en ningún gobierno republicano, concurrió en unión de su estado mayor á oír el sermón (que habría sido de profundis si los interesados hubieran tenido vergüenza), que dijo un padrecito memo y sin idea de las cosas.

En cambio los liberales organizaron para muy temprano una misa en la desahajada capilla de San Francisco, que había sido dispuesta con la relativa esplendidez que se podía aguardar en aquellos días. Muy temprano llegaron las señoras de las principales familias, las Moyes, casadas con alemanes de este apellido, la señora Cuilti de Terrazas, la señora Cuilti de Creel, las esposas de los cónsules extranjeros y muchísimas personas distinguidas de las que en Chihuahua simpatizaban con la república. El único adorno de la capilla era una bandera

tricolor á media asta, llenando el presbiterio y descendiendo en pliegues sobre la losa que cubría la tumba de Hidalgo.

La misa fué triste y breve, misa de difuntos, misa de perseguidos, misa de afligidos; recordaba los misterios que se celebraban primitivamente en las catacumbas, cuando la Iglesia estaba en sus principios y no apoyaba las iniquidades que se cometían por las potestades de la tierra. La dijo un sacerdote querido de todo Chihuahua y padre espiritual de ricos y pobres, don José de la Luz Corral, que habló á la hora debida unas cuantas palabras doliéndose de que estuviera enlutada la bandera que otros años se había visto gloriosa y triunfante, y recordando, con el ejemplo de Hidalgo, lo que podían la fe y la constancia.

El francés había mandado que sus espías averiguaran cuanto pasara; pero luego, á raja tabla, dictó la orden para que se aprehendiera á todo Cristo, pues se proponía hacer un ejemplar tremendo y que pusiera el espanto en el ánimo de todos los que sintieran deseos de rebelarse contra el admirable régimen que iba á plantear á Chihuahua. Pero el juez esbirro, don Luz Bustamante, halló que le habían tumbado el pie de la navaja, pues cabalmente se encontró haciendo cabeza en la manifestación y revelando á las claras sus sentimientos patrióticos, nada menos que á la mujer del cónsul americano, al de no sé

cuál reino de la confederación germánica y á muchas damas mujeres de extranjeros, que no por la nacionalidad de sus maridos pensaron en perder la suya. El sargentón que mandaba en Chihuahua no tuvo otro remedio que tirarse de los pelos por la rabieta que le produjo no poder azotar, ni aprisionar, ni ultrajar de ningún modo á aquellas señoras, conforme era uso y costumbre que se hiciera con todas las gentes que daban á conocer algo de vergüenza.

Pero no paró allí todo: los muchachos manifestantes, que por cierto eran de lo más granadito del lugar, luego que salieron de la misa celebraron un banquete que ellos costearon, y que condimentaron las señoras de la ciudad. Dicho se está que el excelente Brambila, que ya tenía amistad con la mayor parte de aquellos simpáticos mozos, fué uno de los primeros convidados á la fiesta, y que la autoridad francesa no se percató de lo que significaba la solemnidad proyectada, á la cual, de otro modo, habría puesto veto impidiendo que las moscas siquiera aportaran por el lugar de la fiesta.

Empezó la comida sin el estiramiento de los banquetes oficiales; pero también sin la cordialidad de las comidas de muchachos fronterizos en que siempre (Brambila podía dar fe de ello) se desborda la expansión desde el momento de presentarse. Al llegar la hora de los brindis todos consideraron natural que quien los inaugurara fuera nada

menos que el representante y la cabeza visible de Guillermo Prieto, que cabalmente en aquella hora y punto se despepitaba en la placita del pueblecillo del Paso diciendo de la maldita invasión y de sus secuaces todas las cosas que le sugería su fértil ingenio, que siempre se le mostró propicio en esas coyunturas. Prieto, según se supo entonces, estuvo acompañado, y bien acompañado, por el juez de Distrito, don Pablo Miranda, que habló tres ó cuatro cosas muy bien dichas y muy en su punto.

Brambila no las había visto nunca tan gordas; pero la solemnidad del momento, la presencia de aquellos buenos chihuahuenses, cuyos sacrificios y amor por la libertad conocía y había palpado como nadie; lo extraño de aquel rito prohibido, y sobre todo cierto estremecimiento de patriotismo que los de aquel tiempo solían sentir más frecuentemente que nosotros mismos le sentimos ahora, fueron partes á que el ingenio de Brambila se pusiera de punto y empezara la más briosa y desusada apología de México invadido y la más cruel y sangrienta catilinaria contra sus bárbaros opresores. Refirió Pepe lo que acababa de ver en la capital, á saber, la patria invadida, la sociedad vejada, los buenos acosados y vistos como bandidos, los azotes, los fusilamientos, las proscipciones en masa, las iniquidades de las cortes marciales, y, sobre todo, la horrible sensación de contemplar á un extraño, á un opresor, á un enemigo echado en el tálamo de la ma-

dre común y violándola con inaudito descaro, mientras que sus hijos recorrían sendas y vericuetos, eran acechados como perros rabiosos, seguidos como enemigos, muertos como criminales y destrozados como plantas dañinas. «No persigue con mayor brío el ranchero avaro al coyote hambriento que le llevó la mejor gallina de su corral, que el francés al pobre mexicano que tiene la audacia de pensar en tener una patria independiente; no siega con más furor el campesino la ortiga venenosa ó la planta enchahuistlada que el opresor á nuestros leales, á nuestros amigos, á nuestros hermanos»...

Y al llegar aquí se soltó llorando como un chiquillo, con la cabeza sobre la mesa y el cuerpo todo estremecido de pena por los sollozos.

Como la comida, que para mayor simbolismo se compuso toda de platos mexicanos, tenía en su minuta brindis desde la sopa hasta los frijoles, hubo una enorme cantidad de discursos, elegantes unos, floridos otros, tristes éstos, llenos de esperanza aquéllos, entusiastas todos, y llenos de fe y de amor á la tierra natal y de seguridades de que los grupos heroicos que habían tomado á su cargo el rescate de nuestra autonomía, lo mismo los que peleaban en el campo de batalla que los que reñían tremendas luchas en el de la política, alcanzarían el triunfo y lograrían devolvernos sana y salva la nacionalidad que habían recibido en depósito.

A poco se puso en pie un muchacho trigueño, bajito de cuerpo, los ojuelos negros y relampagueantes de odio y de entusiasmo, y con una copa en la mano empezó su brindis.

— ¡Eso, eso, que hable Escobar, que diga algo!...

— ¡Que diga algo el maestro Escobar!...

— Esto va á ser bueno...

— ¡Que se prevenga Brincourt!...

— ¡Muera Brincourt!...

— ¡Que mueran los franceses!

Y Escobar, después de oír todos esos anuncios, empezó á hablar con palabra llana y colorida, sencilla, pero tan llena de calor y de convicción y de firmeza, que todos sintieron que se revelaba un nuevo campeón que aunque dijera ni más ni menos que lo que los demás habían dicho ya, sin embargo, resumía, compendiaba y sintetizaba todo por modo admirable y nuevo.

Entonces fueron los aplausos y las protestas y el entusiasmo y los mueras á los franceses y los vivas á Juárez y los juramentos de resistir la invasión aunque fuera con riesgo de la vida. Y dígame de paso que quienes prometían aquello no eran simples ojalateros que tuvieran por costumbre declamar en cafés y cantinas; se trataba de muchachos que más de una vez habían visto frente á frente el semblante feo y antipático de la muerte y que estaban dispuestos á encararse con tan inoportuna señora cuantas veces fuera menester.

A las seis de la tarde concluyó la fiesta, y los asistentes se desparramaron por las calles cantando himnos, Cangrejos, Moños Verdes, Mamás Carlotas y otros primores que entonces eran el corolario obligado de las fiestas republicanas.

Pero era claro que mientras más á destiempo y más sin objeto despertara el dormido lobo francés, más había de ser su rabia y su disgusto por haberse dejado engañar tan sin gracia. A las ocho de la noche ya había orden de aprehender á todos cuantos habían concurrido al banquete-motín, como decían los de la facción afrancesada. Como los pronunciados andaban por la calle, deseosos de retar á la canalla opresora, fué fácil echarles el guante y ponerles en la cárcel con centinela de vista y bajo segura custodia. También Brambila, que no se recataba de su republicanismo, fué llevado á la cárcel y tratado como era de esperarse. Ocho días duró preso, y durante este tiempo sufrió no sólo las vejaciones y los maltratamientos que había que aguardar, sino también la angustia de tener que retardar su vuelta al Paso. Por fortuna don Luis Terrazas tuvo oportuna noticia de todo, y por medio de sus amistades obtuvo que Brambila saliera libre, aunque no sin pagar una fuerte multa, que naturalmente don Luis desembolsó.

Luego que Pepe se vió libre tuvo buen cuidado de coger la palabra al señor de Brincourt y tomó soleta mar-

chándose al lado de Guillermo, que ya le aguardaba como agua de Mayo, si bien se le aplanaron no poco los espíritus al saber la acogida que Terrazas había dado á su mensaje.

Y sucedió que el mismo día que Brambila salió de la cárcel y emprendió el camino del Paso, el jefe francés se levantó con humor de hojear la numerosa correspondencia que acababa de llegar de la capital del imperio. Al leer una carta sintió eso que los novelistas llaman «satánico regocijo», y luego de relamerse los bigotes y alegrarse como si hubiera visto una víbora de pesos tirada en un camino solitario, mandó llamar á uno de sus seides, le dió ciertas órdenes y se puso á aguardar tranquilo, creyendo haber encontrado la oportunidad que ambicionaba de demostrar su celo y su buena voluntad. A poco volvió el enviado más pálido que la cera.

— Señor general, dijo, el preso por quien pregunta su excelencia salió ya en libertad...



GENERAL BRINCOURT

— ¿En libertad? ¿Y quién le puso en libertad sin orden mía?

— Perdona usía, señor general, pero como usía ordenó que tan pronto como se pagaran las multas podían ir saliendo los reos...

— Pero no me referí á los reos de peligro, que esos no podían salir de ninguna manera...

— No se sirvió usía hacer distinción ninguna...

— Aquí está, aquí está bien terminante la orden: « caso de que se pueda haber á mano al llamado José Brambila, se le debe aprehender y ponérsele bajo segura custodia remitiéndosele á México sin demora, pues es un bandido peligroso, que robó bienes pertenecientes al señor Consejero de Estado don Santiago Blanco... »

— Pues que vayan tras él á toda chilla; que revienten cuantos caballos sea menester.

— Que vayan; debe de ir camino de Paso del Norte...

Y naturalmente, los mensajeros nada hallaron, y naturalmente, el disgusto del señor comandante francés no tuvo comparación con nada conocido, y más naturalmente se le ocurrió á S. E. el arbitrio más disparatado que cabía en cabeza de verdugo, y fué mandar que se sacara diariamente por las calles, con grillos á los pies y en la mano una enorme escoba de palma, nada menos que á don Jesús Escobar y Armendáriz, que todavía estaba en la cárcel y sin extinguir la pena que se le había im-

puesto. Y desde el día siguiente Escobar salió por las calles de Chihuahua acompañado de una fagina de soldados, sujeto con grillos y esposas y llevando en la mano la escoba con que había de barrer la inmundicia.

Pero sucedió que la pena de Armendáriz se trocó en apoteosis, pues desde el primer día su camino se le convirtió de muladar asqueroso en vergel encantador, pues todos los hombres que le encontraban en la calle le abrazaban y le decían cosas de aliento, los del pueblo le tendían sus zarapes y le galardonaban con palabras cariñosas, y las señoras le adornaban la escoba con lazos tricolores y le regaban el camino con aguas perfumadas que le hacían grato el castigo y más grata la prolongación de él.

Por lo cual el señor general, en su rabia y en su impotencia, no encontró más arbitrio que determinar que no se contaran al preso los días en que sus amigos le hicieran demostraciones de aprecio, ó le saludaran siquiera. Más tarde, cuando Brincourt salió para Durango, se llevó á Escobar á pie y maniatado, no dándole la libertad hasta muchos meses después.

III

Viernes veinte de Octubre se supo en el Paso que la guarnición francesa se ausentaba haciendo mutis y que desde el día quince estaba la ciudad de Chihuahua en